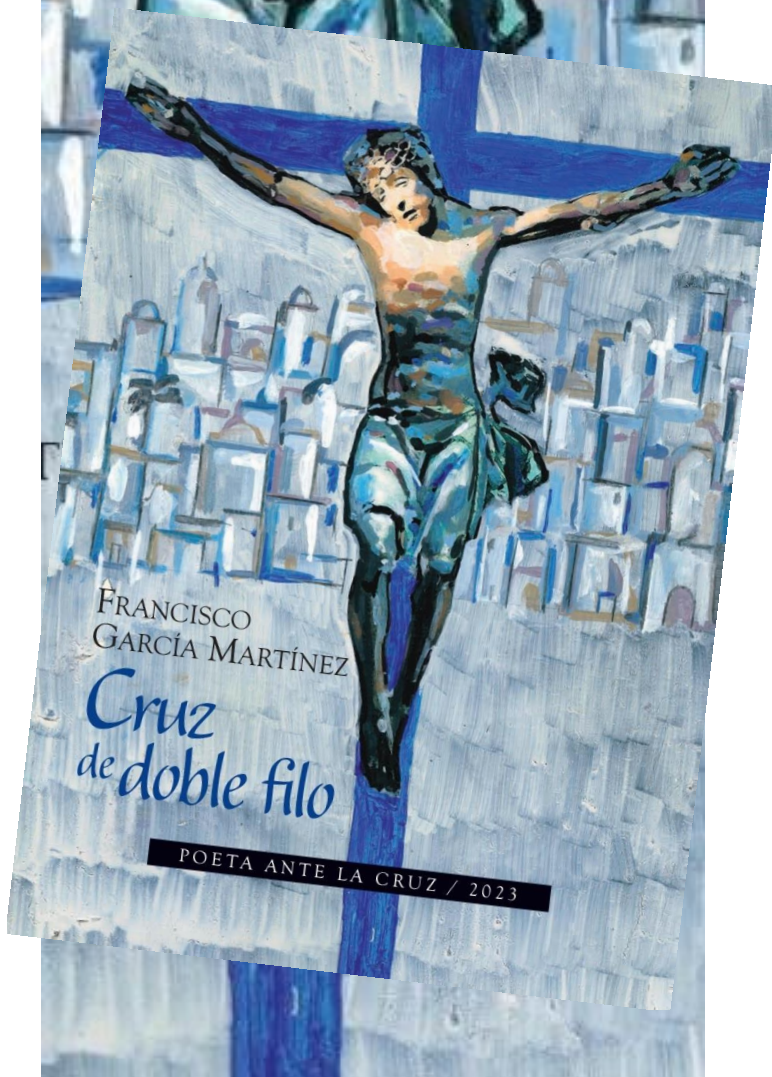




*La palabra de Dios es viva y eficaz,  
más tajante que espada de doble filo;  
penetra hasta el punto donde se dividen  
alma y espíritu, coyunturas y tuétanos;  
y allí, juzga los deseos e intenciones  
del corazón*

(Hebreos 4,12)



Poemario leído ante el Cristo de la agonía redentora de la *Real Cofradía del Cristo Yacente de la Misericordia y de la Agonía Redentora* el 26 de marzo en la Catedral nueva de Salamanca.

## I

No tengo ganas de cruz,  
ni tuya, ni mía,  
ni dibujada con palabras,  
ni tallada en madera,  
ni impresa en la carne.

Además,  
temo que haré trampas  
y llamaré cruz  
a una talla,  
a una idea que esconde  
al exhibirse  
su verdadera realidad.

No tengo ganas  
de mirarla,  
de pensarla,  
de sentirla,  
de tocarla. No tengo ganas.

Además,  
tengo miedo de que al decirla  
la esconda con tu cruz,  
como si ya estuviera  
dicha y hecha en ti  
del todo y para todos;  
porque no tengo ganas  
de cargar con la cruz

No tengo ganas de cruz  
No tengo ganas de decirla,  
aunque sea en parabienes;  
no tengo ganas porque sé  
que la cruz  
crucifica las palabras  
que intentan describirla  
o pronunciarla,  
aunque sean para ti.

## II

Llanto,  
desconsuelo,  
heridas antiguas y nuevas  
que no se cierran nunca.

Golpes,  
injurias,  
humillaciones pasadas y presentes  
que no pasan.

Soledad  
como única compañía,  
traiciones acechantes  
que ya duelen  
y no dejarán de doler.

Vergüenza,  
hambre y sed de vida  
sin saciar,  
banquetes de muerte  
sobreabundante.

Impotencia,  
sinsentido,  
silencio,  
silencio ensordecedor  
que no deja de gritar.

Gritos,  
gritos inhumanos  
que no se callan.

Nada rima en la cruz.  
¿Qué puede rimar con la cruz  
si la cruz desarticula  
las palabras  
tanto como los huesos?

### III

Si pudiera olvidarme  
de que estoy aquí,  
en este rito que envuelve  
en papel de vanidad  
palabras  
que solo deberían pronunciarse  
en la intimidad.

Si pudiera olvidarme,  
quizá viera  
en tu cuerpo herido  
la cruz de cada día, esa cruz  
que parece empeñado  
en sacar  
de su escondido secuestro,  
aunque para ello debas resistir  
colgado, silenciado  
ante nuestros ojos huidizos.

Porque no puedo hablar  
de tu cruz  
ni hablarte a ti,  
lúgubre crucificado,  
sin hablar de mí  
y de los crucificados  
olvidados de mis pasos,  
olvidados por este mundo  
nuestro  
que solo sabe recogerse  
en cruces  
de juegos rituales,  
en cruces elevadas para olvidar  
la cruz,  
en cruces de vida y muerte  
artificial.

Pero no he podido escapar  
y aquí me tienes,  
como el asesino que, con todos,  
ayuda a buscar  
el cadáver  
que él mismo ha escondido.

### IV

Me has descubierto.

No has dejado  
que me oculte  
entre la multitud indiferente.

No has dejado  
que te encierre  
en las palabras  
que te dicen ocultándote.

No has dejado  
que cree  
un mundo ficticio  
para vivir al margen de la realidad  
crucificada de tu carne  
que es la carne del mundo.

Has desnudado tu cuerpo  
y sus heridas  
y las heridas de mi cuerpo  
y de mi alma  
para que el encuentro sea real.

Contaste hasta diez  
pacientemente  
para que comprendiera y yo  
como si fuera un juego  
de niños  
me alejé y me escondí  
en la profundidad de la superficie  
ingenua y vana de los días  
sin destino ni sustancia.

Me buscaste sin descanso,  
herido y anhelante  
de mi vida.

Me buscaste a la luz del día,  
a la sombra de la muerte,  
en el claroscuro de mis disimulos.

Y ahora creo atisbar  
y no puedo esquivar  
tu mirada.

## V

Tu cruz no es de madera,  
y, en ella, tu cuerpo  
no está tallado  
con delicadeza. Tu cruz  
es de carne y alma doloridas,  
sangrantes.

Tu cruz está hecha de miradas  
suplicantes  
que no encuentran ojos  
con los que cruzarse; de manos  
vacías  
que no encuentran otras  
extendidas  
que las reciban, de pies  
llagados  
por caminos a los que se ha robado  
el futuro.

Tu cruz adornada  
por las velas y las flores  
no es tu cruz,  
que tu cruz  
no tiene adornos que la oculten.

## VI

En tu cruz vuelve a nacer  
el caos sin forma ni figura  
del que Dios  
nos quiso proteger.

Tu cruz no se ve  
a simple vista, no se descubre  
solo con mirar; tu cruz  
la escuchan solo los que atienden  
los gemidos de la carne violada,  
los que exponen su mirada  
a la angustia de las almas  
olvidadas.

Tu cruz no va nunca  
al ritmo de un baile  
acompañado  
con tambores y cornetas.

Tu cruz no tiene ritmo  
ni belleza  
y la música de fondo  
que siempre la acompaña  
es un coro de gritos  
sin forma ni compás,  
con un fondo de silencio  
indiferente.

## VII

Tu cruz te ata al abismo  
mortal  
que hemos creado a las afueras  
de Dios. Tu cruz  
te hermana a los hombres y mujeres  
abortados por el pecado  
que malogra  
el nacimiento  
de la humanidad  
que Dios quiere engendrar.

Tu cruz es el estercolero  
de nuestro afán de dominar,  
de nuestro impúdico deseo  
de ser todo a todas horas.

Por eso no queremos  
acercarnos a tu cruz;  
por eso la mantenemos  
en el extrarradio  
de nuestra vida, en las periferias  
de nuestra cotidianidad;  
por eso la mantenemos encerrada  
en nuestras joyas  
y en nuestras tallas;  
por eso preferimos  
jugar con esta cruz de mentira,  
vestida de arte y devoción,  
como juega una niña con su muñeca  
sin sentir los dolores de parto  
que requiere la maternidad.

## VIII

Tu cruz es el abismo  
sin figura  
que ha cavado  
el hombre  
mientras huía de Dios  
para esconderse, el abismo  
en el que se ha entrampado  
creyendo que se haría rico  
jugando con una baraja marcada  
con sangre.

Tu cruz es el laberinto  
de muerte  
del que el hombre,  
después de haberlo construirlo,  
no sabe salir.

Por eso no queremos  
acercarnos a tu cruz, porque  
no queremos asistir al juicio  
donde nuestro mundo,  
descubierto en sus engaños,  
es condenado  
y se ve preso en la celda  
de muerte  
que él mismo se ha creado.

Por eso la miramos  
de lejos y con miedo,  
aunque también esperando  
un milagro,  
la fuerza de alguien que,  
allí mismo,  
atado a la nada,  
rompa la trampa  
y podamos escapar.

## IX

Y ahí estás tú,  
como un pajarillo herido  
en la trampa de un niño  
caprichoso  
que quiere sentirse el rey  
del mundo.

Ahí estás,  
como una mariposa manca  
entre los dedos de una niña  
malcriada  
que no soporta la belleza  
si no es la suya.

Tú,  
como un campo de trigo  
arrasado  
por un viento de langostas  
voraces  
que al recoger la cosecha  
solo siembra muerte.

Ahí,  
como el cuerpo manoseado  
de una joven  
olvidada  
después de que le robaran  
su inocencia  
a golpe de mentiras.

Ahí estás tú.  
Y ahí, a tu lado,  
sin apenas reconocerte,  
estamos nosotros,  
esperando en tu mismo cuerpo  
despojado de toda esperanza.

## X

Ahí,  
muriendo cada día  
siempre y nuevamente  
a cada hora  
siempre y nuevamente  
en cada grito  
siempre y nuevamente  
en cada carne  
siempre y nuevamente.

Ahí,  
sin salir de esta agonía  
que no termina  
de abrir el corazón  
del hombre  
a la luz de un nuevo día.

Sin salir de este parto  
interminable  
que se empeña  
en dar a luz una vida  
que no se quiere recibir.

Y ahí, a tu lado,  
sin apenas reconocerte,  
estamos nosotros,  
esperando en tu mismo cuerpo,  
en ese cuerpo  
en el que tu sostienes,  
a duras penas,  
la esperanza de todos.

## XI

A tu lado,  
Cristo crucificado,  
hombre de milagros  
imposibles.

Ahí, recibiendo  
insospechadamente  
la vida.

Lo sé porque  
a veces y sin saber cómo,  
tu rostro herido  
nos recoge afectuoso  
en su mirada acogedora;  
y tu cuerpo atado  
nos abraza con su misericordia  
y nos permite  
descansar en él;

Lo sé porque,  
a veces y sin saber cómo,  
tu presencia golpeada  
y llena de debilidad  
se impone  
al poder de nuestros demonios,  
y abre futuros nuevos  
de vida nueva;  
y tu silencio impuesto  
acalla los aullidos  
violentos  
que no dejan respirar  
a nuestro corazón.

## XII

A tu lado  
Cristo anonadado,  
debilidad imponente  
que todo lo salva.

Lo sé porque,  
a veces y sin saber cómo,  
tu cuerpo muerto  
se llena de luz  
resplandeciente y Dios  
parece decirse  
en cada poro de tu piel herida;  
y yo vuelvo a ser aquél Adán  
con el que Dios  
podía pasear  
en el jardín; aquel Adán  
desnudo y sin miedo  
que te esperaba al caer la tarde.

Lo sé, aunque solo sea  
por unos momentos,  
por unos momentos que saben  
a eternidad, que son  
la eternidad misma  
que está queriendo resucitar,  
que está empezando a resucitar.

### XIII

Entonces siento,  
    incluso si me inquieta,  
que en tu cruz está la vida,  
    que en esa cruz nace  
    la humanidad,  
        que en esa cruz  
muere lo que nos mata.

Y voy sintiendo,  
voy aprendiendo que tu cruz  
    es la rendija  
    por donde la claridad  
    de la vida comienza  
        a amanecer  
creando el mundo; que tu cruz  
    es la obra del primer día  
    en que Dios,  
frente a las tinieblas  
pronuncia su palabra:  
        “Que haya luz”.

Porque así sucede  
    a la sombra de tus brazos  
        extendidos;  
en esa sombra  
    donde se transfigura  
    toda oscuridad;  
en esa sombra  
    donde la muerte  
    no resiste en pie,  
por más pegada a la piel  
    que la llevemos;  
en esa sombra  
    donde no hay tinieblas  
    que oscurezcan el día.

Allí, en esa cruz  
donde injertas nuestros días  
    en las llagas de tu cuerpo.

Allí, en esa cruz  
donde todo resucita.

### XIV

Y el mundo tiembla  
    de alegría.

Y yo tiemblo  
    con él,  
pues al caos le cuesta  
    desnudarse  
    de sí mismo y vestirse solo  
de tu luz divina,  
por más que siempre  
    lo haya deseado.

Por eso voy despacio,  
porque no es fácil volver  
    al paraíso,  
porque su puerta abierta  
    es esta cruz maldita  
    donde solo se recogen  
    bendiciones;  
esta cruz acusadora  
    donde Dios regala  
    la vida que quisimos robar.

Por eso,  
    solo lentamente,  
buscando una confianza  
    casi siempre esquiva,  
voy dejando  
    mi ropa a un lado.